

E. R. CHAMBERLIN

# LOS MALOS PAPAS



AYMÁ  
S. A. EDITORA

Título original:  
THE BAD **POPES**

Traducción de:  
JUSTO G. BERAMENDI

Diseño de la cubierta:  
ISMAEL BALANYÁ

Primera edición:  
Diciembre 1972

Printed in Spain

Gráficas Diamante - Zamora, 83 - Barcelona - 5

Núm. de Registro: 7237-71

Depósito legal: B. 48600-1972

© 1969 by E. R. Chamberlin

«PUBLISHED BY ARRANGEMENT WITH THE DIAL PRESS,  
NEW YORK, N.Y., U.S.A.»

Todos los derechos en lengua española

© 1970 by AYMA, S. A, EDITORA - Tuset, i-Barcelona

*Hace ya más de mil años que esos territorios y ciudades fueron dados a los sacerdotes y desde entonces se han librado por esa razón las guerras más violentas, y, sin embargo, los sacerdotes ni ahora las poseen en paz, ni serán capaces de poseerlas. Fuera en verdad mucho mejor ante los ojos de Dios y del mundo que esos pastores renunciaran enteramente al dominium temporale: pues desde los tiempos de Silvestre las consecuencias del poder temporal han sido innumerables guerras y la destrucción de gentes y ciudades. ¿Cómo es posible que no haya habido nunca un buen papa para remediar tales males y que se hayan hecho tantas guerras por esas efímeras posesiones? Verdaderamente, no podemos servir a Dios y a Mamón al mismo tiempo; no podemos estar con un pie en el Cielo y otro en la Tierra.*

GIOVANNI DE'MUSSI, *Crónica de Piacenza*, h. 1350

PRIMERA PARTE

## **La ciudad dorada**

## Roma, 900 años después de Jesucristo

Algún tiempo después del Diluvio, cuando los hombres empezaron a moverse de nuevo sobre la faz de la Tierra; cuando su arrogancia creció nuevamente para ser confundida en Babel; cuando volvieron a dispersarse, Noé fue a Italia con sus hijos Jasón, Jafet y Cam, y construyeron una serie de ciudades sobre las siete colinas cercanas al Tíber. Jasón se estableció en la colina Palatina y, ayudado por Nemrod o Saturno, construyó la ciudad de Saturnia, en la colina Capitolina. Otros reyes de glorioso nombre, entre ellos Italus y Eneas, siguieron el ejemplo de los hijos de Noé y construyeron otras ciudades en la actual zona santa. Después, un 17 de abril, a los 433 años de la caída de Troya, llegó Rómulo y rodeó todas esas ciudades con una muralla, convirtiéndolas en una sola y dándole su nombre. «Y todos los nobles de la Tierra, junto con sus esposas y sus hijos, vinieron a vivir a esta nueva ciudad de Roma».<sup>1</sup>

Así imaginaban los romanos del siglo x los orígenes de su ciudad, introduciendo en un mismo saco jirones de cristianismo y tradiciones paganas. Para ellos, Virgilio era una autoridad tan respetable como el autor del Génesis; Eneas se codeaba con Noé; Saturno con Nemrod. Con ello se reflejaba en la literatura la fusión de elementos que estaban transformando a la misma Roma. La ciudad conservaría su calidad de Ciudad Eterna, pero sus antiguas sustancias estaban adoptando nuevas formas. Las enormes iglesias que ahora predominaban habían sido construidas con materiales procedentes de templos venerables, y los grandes monumentos de la ciudad antigua que sobrevivían se transformaban en fortalezas para

1. *Graphia*, cap. I.

los nobles, que guerreaban sin cesar, o en míseros alojamientos para el proletariado.

Las gentes de Europa miraban fascinadas hacia la antigua e imperecedera ciudad, y tejían a sus expensas múltiples leyendas que hicieron de ella un lugar mitológico. Podían deplorar la trágica desaparición de su grandeza, o despreciar a sus decadentes y violentos ciudadanos; pero aún les afectaba el temor de su poderoso pasado y transformaban en mágicas consejas la realidad de aquella grandeza política. El inglés William de Malmesbury cuenta cómo cierto Lucanius, «ciudadano de este lugar, joven, rico y de rango senatorial», colocó, en una broma de borracho, su anillo de boda en el dedo de una estatua de Venus y se encontró aquella noche abrazado por la diosa en persona. «Tómame, pues hoy te desposaste conmigo.» Un sacerdote cristiano libera a Lucanius..., pero empleando artes paganas para conseguirlo. En una caverna subterránea, imágenes doradas de los muertos permanecen inmóviles ante la mesa de un banquete eterno y vuelven a la terrible vida cuando un intruso roba un ornamento de la mesa. Y hasta cuando la realidad se deforma en fábula, ésta aparece como realidad; Malmesbury registra sobriamente el descubrimiento del cuerpo del gigante Palas, cantado por Virgilio, un cuerpo incorrupto en el que era visible «la cuchillada que Turno le asestó en mitad del pecho, que medía cuatro pies y medio».<sup>2</sup>

Pero Roma, aun rebosante de leyendas paganas, seguía siendo ante todo la Ciudad Santa de la Cristiandad; y aunque las muchedumbres de peregrinos se maravillaran ante el cuerpo de Pallas, pronto le volvían la espalda —héroes de la vieja ciudad, ya demonios de la nueva— y encaminaban sus pasos hacia reliquias más sagradas. Los romanos sacaban grandes beneficios suministrando a los crédulos norteños fragmentos de cadáveres de dudoso origen, pero santificados por el simple hecho de haber sido comprados en Roma. Y una vez adquiridas las reliquias, visitados los sepulcros de los santos y hecha la ofrenda de cobre u oro en la tumba de Pedro, los peregrinos se dedicaban a explorar la prodigiosa ciudad, como han hecho y harán siempre todos los peregrinos. Tenían a su disposición una especie de guía, la *Descripción de la Ciudad Dorada*, fantástica mezcla de leyenda e historia, compilada por amanuenses a partir de las tradiciones orales transmitidas de generación en generación. La obra empezaba con la fundación de la ciudad por Noé y sus hijos, y llevaba al peregrino hasta el presente,

2. Malmesbury, cap. V.

guiándole a los grandes monumentos del pasado, explicándole con imprecisos y confusos detalles la compleja y trabada maquinaria del gobierno imperial, papal y cívico que regía Roma. También proporciona a la posteridad una de las pocas descripciones de la ciudad durante los siglos oscuros.

Había cambiado poco la forma definitiva que Aureliano dio a Roma en el siglo ni al construir el gran perímetro amurallado. Esas murallas fueron la defensa última de Roma. Todo lo demás podía arruinarse hasta caerse a pedazos, pero las murallas se conservaban, generación tras generación, siglo tras siglo, delimitando una ciudad que de otro modo se habría convertido en una aglomeración informe. En la primera década de la era cristiana, durante los años esplendorosos de Augusto, se produjo una fiebre constructora que culminó en el reinado de Nerón, en el que enormes y brillantes estructuras se tragaron calles y zonas enteras. Tras la caída del Imperio, la ciudad sufrió incesantes saqueos, pero fueron los propios romanos quienes desmantelaron la ciudad clásica, y por la más torpe de las razones: el mármol, al quemarse, deja un residuo de cal que se puede utilizar para el enlucido.

Fragmentos irreemplazables de la gloria pasada alimentaron las caleras de la ciudad. Los grandes bloques de travertino que formaban el corazón de las murallas fueron arrancados y despedazados para construir casuchas y establos. Las columnas que escaparon a las caleras, o no fueron a parar a las nuevas iglesias, yacían donde habían caído, protegidas al menos por la basura acumulada. Pero la Roma de Augusto había sido construida a escala tan colosal que, aun saqueada a diario y durante siglos, el centro de la ciudad sobrevivió como entidad identificable. Un contemporáneo de Augusto o de Nerón todavía hubiera sido capaz de orientarse con bastante facilidad en la Roma del siglo x, y hasta de reconocer la mayoría de los monumentos de su tiempo, aunque habría retrocedido espantado ante la suciedad y la miseria de las calles. Muchas permanecían bloqueadas permanentemente por edificios derrumbados; todas apestaban en verano. La ciudad que había conocido el correr de innumerables fuentes sufría ahora una sequía crónica, pues los grandes acueductos estaban arruinados.

A pesar de todo, el plano de la ciudad casi no había cambiado dentro del círculo de las murallas de Aureliano. La nueva época había dejado su marca distintiva al otro lado del Tíber, en las laderas de la colina Vaticana, donde había surgido una ciudad virtualmente separada, una ciudad que controlaría a Roma en los siglos próximos.

La colina Vaticana estuvo fuera de las murallas de Roma hasta el año 850. Aureliano pensó que no merecía la pena extender el perímetro defensivo a esa zona desolada. La parte baja era un pantano fétido donde, en verano, pululaba la malaria y —en una tierra donde los hombres tendían de forma natural hacia las cimas de los montes— sus inhóspitas laderas permanecieron escasamente pobladas durante siglos. No obstante, el aumento demográfico de la ciudad dio un valor potencial incluso a esta lúgubre región. Una parte se convirtió en cementerio, y Nerón transformó el resto en una zona de recreo donde, según la tradición cristiana, el apóstol Pedro fue crucificado en su famoso circo una noche de loca crueldad del año 64, en la que los cuerpos vivos de los cristianos sirvieron de antorchas anunciadoras de las futuras persecuciones del reinado de Nerón.

La misma tradición afirma que sus discípulos cogieron el cuerpo de Pedro y lo enterraron en una profunda fosa que abrieron entre las tumbas próximas al circo. Hacia el año 160, un santuario humilde, pero identificable, marcaba la tumba, sobre la que se construiría la primera basílica de San Pedro a comienzos del siglo iv. Esa basílica —fundada, según la leyenda, por el propio emperador Constantino— duraría más de mil años, hasta que al fin acabaría siendo barrida por el auge impaciente del Renacimiento.

Los arquitectos de la basílica del siglo iv se enfrentaron a un problema formidable, pues el lugar está en un terreno muy pendiente por el que descendía un camino flanqueado de tumbas. Las obras se realizaron aceleradamente; en lugar del laborioso proceso de demoler las tumbas —estructuras muy sólidas en forma de garita—, los constructores se decidieron por el sencillo procedimiento de perforar los techos, llenar el interior con escombros y erigir la basílica encima. Selladas así, las tumbas permanecieron intactas durante siglos, con lo que al menos proporcionaron unos valiosos datos arqueológicos cuando, a mediados del siglo xx, se inició la búsqueda de la tumba de Pedro.

Los constructores empezaron a «canibalizar» materiales, una actividad que resultaría más destructora para Roma que las incursiones de los bárbaros. El cercano circo era una fuente obvia de materiales, y sus partes más bellas fueron saqueadas para construir San Pedro. La basílica era un edificio de ladrillo, falto de elegancia, y hecho a base de materiales mal compuestos y ensamblados precipitadamente. Las grandes columnas que se alzaban en la penumbra del interior procedían de un buen número de templos; las columnas no sólo conjugaban mal entre sí, sino que los arquitectos

no se molestaron siquiera en que el fuste, la base y el capitel de cada columna pertenecieran al mismo orden. Pero el edificio, aunque los romanos conservadores quizá lo consideraron incongruente e indigno de Roma, era el signo externo de una nueva forma de vida. Esos conservadores intentaron preservar la vieja religión, pero su dinamismo había pasado a la nueva, y con el dinamismo vino la riqueza que, en otro tiempo, había adornado los templos de los viejos dioses.

En el siglo vn se recubrió la puerta central de la basílica con quinientos kilos de plata maciza, y el sepulcro de san Pedro fue adornado de modo similar. Éste, el lugar más sagrado de la Cristiandad, yacía ahora bajo tierra, entre los cimientos de la basílica, pero los arquitectos habían tenido buen cuidado de dejar un acceso físico, si bien limitado. Un pozo que, abierto bajo el altar mayor, conducía a la tumba. Los fieles podían introducir sus cabezas por el agujero y rezar, o descolgar objetos valiéndose de una cuerda hasta que tocaran la tumba, con lo que se obtenía una bendición poco común. El sepulcro era el lugar natural sobre el que derramar la creciente riqueza de la Iglesia: menos de un siglo después de que lo recubrieran de plata, ésta fue sustituida por placas de oro macizo. Estatuas de oro desalojaron también a las modestas estatuas de plata de tiempos más pobres, y las piedras preciosas sumaron su fulgor a lo que había sido un humilde sepulcro de piedra.

En vano protestó san Jerónimo contra un proceso que estaba convirtiendo la casa de Dios en una cámara del tesoro. «Brillan los muros de mármol, refulge el oro en los tejados y las gemas en los altares, pero los verdaderos servidores de Dios carecen de esplendor terrenal. Y que nadie diga que el Templo de Salomón era rico en oro; ahora, que el Señor ha hecho suya la pobreza, deberíamos pensar en la Cruz y juzgar indignos a los ricos.»<sup>3</sup> Pero no escucharon a Jerónimo, al menos en este asunto. Los emperadores buscaron el favor divino a expensas de Roma, dando permiso para que se demolieran más y más templos a fin de adornar San Pedro. Los papas, en cuyas manos caía una proporción cada vez mayor de los ingresos de la ciudad, canalizaron buena parte de los mismos hacia la basílica. A comienzos del siglo ix, el feo edificio contenía un tesoro enorme solamente en oro y plata, atracción irresistible para cualquier banda de salteadores que no se sintieran inhibidos por escrúpulos religiosos.

3. Epístola 52, citado en Gregorovius, *Roma*, I, 188.

La basílica permaneció sin defensas durante cinco siglos. Los enemigos de Roma eran en su mayoría cristianos, y, por muy profundo que fuera el odio entre secta y secta, todos reverenciaban los pocos metros cuadrados de la colina Vaticana sobre los que se alzaba la basílica. Pero el correr de los siglos trajo la aparición de una nueva y más peligrosa amenaza: un pueblo indiferente a los escrúpulos cristianos..., imbuido, en realidad, de un odio activo hacia el cristianismo y todas sus obras. Tras el colapso del efímero Imperio Carolingio, los sarracenos se establecieron en Sicilia, se extendieron luego por el Sur de Italia y, en el 846, lanzaron un ataque contra la propia Roma.

Seguros tras las sólidas murallas de Aureliano, los habitantes de la vieja ciudad contemplaron impotentes el saqueo del suburbio vaticano. Los invasores se llevaron los tesoros acumulados en San Pedro: arrancaron la plata maciza de puertas y suelos, cargaron con las estatuas de oro y despojaron los altares de todos sus ornamentos valiosos. Los sarracenos eran muy conscientes del significado de la basílica y, en un acceso de fanatismo, abrieron la tumba de San Pedro y esparcieron su contenido. Los invasores fueron rechazados tras dura lucha, pero lograron escapar en sus barcos por el Tíber con la mayor rapidez y parte del botín.

El papa reinante era el enérgico León IV. Aprendió bien la lección, y dos años después inició la ingente tarea de amurallar toda la zona vaticana. Aún no habían terminado las obras, cuando llegó la noticia de que los sarracenos estaban haciendo preparativos para un ataque de más envergadura que el anterior. En una breve demostración de unidad, toda Italia combinó sus esfuerzos para repeler la amenaza y, antes de que los soldados pudieran embarcar, la flota sarracena fue destruida en la desembocadura del Tíber.

Una vez más, como en los grandes días de Roma, los romanos tuvieron esclavos en su ciudad. Los sarracenos cautivos fueron arrojados a cientos a trabajar en las murallas de la Ciudad Leonina, como denominaron al nuevo recinto amurallado. El emperador contribuyó con generosos regalos en dinero, la Cristiandad fue gravada con un nuevo impuesto, y las obras finalizaron en el año 852. Las murallas, con más de doce metros de altura, subían desde el Tíber hasta la cima de la colina Vaticana y descendían para unirse nuevamente al río aguas abajo.

La llave de la Ciudad Leonina era el mausoleo de Adriano. Construido originalmente como tumba, se alzaba en la ladera que da al río; su enorme tamaño y su solidez obligaban casi a transformarlo en fortaleza. En el siglo x, olvidado ya su origen, un cronista lo des-

cribía simplemente como «un castillo de fortaleza y hechura maravillosas que se levanta a la entrada de Roma. Un puente espléndido cruza el Tíber frente a sus puertas, y todos los que entran o salen de la ciudad deben cruzar ese puente... si se lo permiten los guardianes del castillo».<sup>4</sup>

El nombre del edificio se había olvidado junto con su origen. Los romanos lo conocían ahora como el castillo de Sant'Angelo, debido a una leyenda según la cual el arcángel san Miguel se había aparecido en cierta ocasión sobre su ápice. Era muy sólido, y consistía virtualmente en un bloque macizo en el que se habían excavado cámaras y pasadizos. Una rampa en espiral conducía a la gran cámara central que había albergado el sarcófago de Adriano. Sobre ella y a su alrededor se disponían otras cámaras, ocupadas por una guarnición permanente. Poco quedaba de su antigua belleza. Las estatuas griegas que adornaban sus alturas habían sido despedazadas hacía mucho tiempo y utilizadas como proyectiles; los jardines colgantes, destruidos; y los revestimientos de mármol, arrancados y troceados. Achaparrado, feo, lleno de cicatrices pero resistente, era un digno representante de Roma.

En el siglo vi, una serie de edificios administrativos habían empezado a aparecer alrededor de San Pedro, formando un núcleo de lo que después sería enorme Palacio Vaticano. Sin embargo, durante más de la mitad de la historia registrada de la Iglesia Romana —desde los primeros años del siglo iv hasta los últimos del xiv—, el hogar del Papado no estuvo en el Palacio Vaticano, sino en el Laterano, al otro lado de la ciudad. Este último debía su nombre a los primitivos propietarios, los Laterani, rica familia romana cuyo nombre ha alcanzado accidentalmente la inmortalidad sólo porque poseían uno de los mejores edificios privados de Roma.

El palacio pasó a poder del emperador Constantino, quien, después de su conversión, se lo regaló a los obispos de Roma para que fuese su residencia a perpetuidad. Al lado se erigió una basílica, más pequeña que su hermana del Vaticano, pero destinada a ser conocida como Madre de todas las Iglesias. Su segundo nombre, Basílica Dorada, era testimonio de las riquezas espirituales y mundanas que se acumularon en ella, incluidas, según una creencia muy extendida, el Arca del Testamento, las Tablas de la Ley y las reliquias más famosas de Roma: las cabezas de los apóstoles Pedro y Pablo.

El Palacio Laterano desempeñó su honroso, aunque limitado,

4. Liutprando, *Antapodosis*, cap. XIV.

papel de residencia de obispos durante cuatrocientos años. Después, a finales del siglo VIII, se rompió el tenue lazo que ligaba al emperador romano con su ciudad titular; el Papado emprendió el largo camino de su dominio temporal, y el Laterano pasó a ser la sede del gobierno de Roma.

## El señor de Roma

En el 328 d.C, Constantino trasladó la capital del Imperio Romano a su nueva ciudad, Constantinopla, con lo que se desplazó inevitablemente el centro de gravedad del mundo romano. Poco a poco, el trono imperial fue ocupado exclusivamente por griegos; el griego desplazó al latín como idioma oficial, y sutiles cambios de costumbres dieron lugar a una civilización oriental, llamada bizantina en honor al antiguo nombre de la ciudad. El lazo entre Oriente y Occidente se debilitaba día a día.

A pesar de ello, el emperador siguió proclamando su soberanía sobre toda Europa y estableció un representante en Rávena para que respaldara sus pretensiones. La Europa septentrional se zafó de su garra, pero Italia continuó brutalmente explotada en beneficio de Constantinopla. Oleada tras oleada de bárbaros invasores barrieron la península, creando constelaciones de diminutos reinos ante la pasividad de las guarniciones bizantinas; su tarea se limitaba a garantizar el cobro de los impuestos, y hay que reconocer que la llevaban a cabo con bastante eficiencia.

Las gentes del país, que ya no eran romanos, ni todavía italianos, se resignaban a esa situación, pues para ellos no había gran diferencia entre pagar impuestos a un emperador distante o a un señor presente. Pero los grandes caían bajo el yugo. Al obispo de Roma le irritaba que le pudieran convocar a Constantinopla como a un funcionario cualquiera; le irritaba que los nuevos duques y marqueses tuvieran que buscar la legitimación de sus títulos en el «placet» de un griego remoto. Pero no se podía hacer nada sin el apoyo de la amorfa y desarticulada masa del pueblo. Y el pueblo no veía ninguna razón de peso para someter sus personas a



un nuevo azar; se rebelaría únicamente cuando una injusticia flagrante les afectara de forma personal e inmediata.

La religión, el único tema que, en ausencia de conciencia nacional, mantenía unidos a los habitantes del país, suministró la chispa.

El emperador cristiano de Constantinopla había heredado el doble papel de sacerdote y rey que habían disfrutado los emperadores paganos de Roma. Cuando la sede del Imperio se trasladó a Oriente, el obispo de Roma gozó, naturalmente, de mayor libertad que su colega, el patriarca de Constantinopla, pero ambos, en opinión del emperador, eran subordinados suyos, tanto en cuestiones temporales como espirituales. Constantinopla se convirtió en el verdadero centro teológico del cristianismo, un centro plagado de inacabables intrigas y feroces revoluciones palaciegas en las que la religión y la política se influían mutuamente.

Sin embargo, hasta el año 726 no se produjo ningún encontronazo importante entre el emperador y el obispo por cuestiones puramente religiosas. El emperador reinante era León III, montañés de nacimiento y soldado de profesión, hombre sencillo y directo, que trató las complejidades de las disputas religiosas con un método simple. El resultado fue desastroso. Sus subditos cristianos no tuvieron más que alabanzas para el edicto en que ordenó el bautismo forzado de los judíos. Pero cuando publicó el primero de sus edictos iconoclastas firmó la sentencia de muerte de su soberanía sobre Occidente. Por primera vez, las gentes de Italia se sintieron afectadas por una cuestión personal y universal.

Los primitivos cristianos habían atacado el culto a las imágenes como obra del demonio. El triunfo final del cristianismo trajo la destrucción sistemática de todo tipo de ídolos, pero las imágenes volvieron en los siglos siguientes. Aparecieron bajo nuevos nombres, aunque, para el ojo crítico, realizando idéntico papel. Los cristianos de Oriente fueron los primeros en darse cuenta de que, buena parte de la religión pagana, destruida por sus antepasados a costa de la sangre de los mártires, se estaba restaurando imperceptiblemente. Inquietos por las burlas de sus vecinos, los iconoclastas musulmanes, su devoción hacia las imágenes se vio sometida a unas presiones desconocidas para sus hermanos de Occidente.

En una década, los musulmanes se habían apoderado de una ciudad cristiana tras otra, todas las cuales estaban bajo la protección de alguna imagen sagrada. Los monjes emprendieron inútilmente una defensa sistemática de la profilaxis sobrenatural: era la falta de fe del poseedor, y no la carencia de virtudes de la imagen, lo que hacía que ésta fuese inservible. Era inevitable que la disputa

religiosa se convirtiera en política, y que arrastrara tras de sí el motín y la eterna amenaza de guerra civil. El enérgico León resolvió el problema, al menos eso creía él, colocándose al lado de los iconoclastas. En el año 726 publicó un edicto ordenando la destrucción de todas las imágenes del Imperio, tanto en Oriente como en Occidente.

En Roma corría el onceavo año del pontificado de Gregorio II, el primer papa romano que ocupaba la Silla de Pedro tras una larga sucesión de criaturas griegas, hecho que tendría profundas repercusiones en Italia. La casualidad había hecho del poco sutil León el portavoz de esa parte sustancial de la Cristiandad que deploraba el uso de imágenes, y la casualidad hizo del también poco sutil Gregorio la fiel y apasionada voz de un Occidente que las veneraba.

Las dos cartas de Gregorio a León, en las que desafiaba el edicto y le urgía a volver al buen camino, son una curiosa mezcla de leyenda disfrazada de historia, hechos, ficciones y opiniones personales, todo bien sazonado con el odio que le inspiraban el emperador y sus iletrados consejeros. Era absurdo afirmar que los cristianos habían restaurado la idolatría de la Antigüedad. Los cristianos no adoraban a las imágenes, sino que las honraban como recuerdos, y además, en cualquier caso, las imágenes de la Antigüedad habían sido las de demonios, o productos de la imaginación. En cambio, no podía discutirse la autenticidad representativa de las imágenes cristianas. «Hombres religiosos se habían congregado alrededor de Cristo mientras vivió... y le retrataron cuando le tenían ante sus ojos. También hicieron retratos de Santiago, el hermano del Señor, de Esteban y de todos los mártires. Y, una vez hechos, los enviaron por todo el mundo para que recibieran, no adoración, sino reverencia.»

Gregorio insistió una y otra vez en que él y sus seguidores se limitaban a reverenciar las imágenes, que no las adoraban. Sin embargo, recurrió a una fraseología curiosa y ambigua al referirse a la amenaza de un ataque directo a la gran estatua de san Pedro existente en Roma. No temía la ira del emperador. «No tengo más que retirarme veinticuatro millas Campania adentro y tú podrías seguir con tu obra. Pero en cuanto a la estatua de san Pedro, que todos los reinos de Occidente consideran un dios sobre la Tierra, el Occidente entero se tomaría una terrible venganza.»<sup>5</sup> Si pretendía decir que Occidente tenía por un dios sobre la Tierra

5. Citado en Labbe, VII, 7.

a la estatua, o incluso al propio Pedro, esta declaración ayudaba muy poco a repudiar la acusación de que en Europa se estaba precipitando la idolatría.

Los italianos miraban con indiferencia aquellas disquisiciones teológicas. El obispo de Roma había hablado por ellos, clara y definitivamente, y le apoyaron incluso al precio de su sangre. Rompieron el lazo que los unía a Oriente en defensa de sus dioses sobre la Tierra, en defensa de los pequeños objetos familiares que hacían de la vasta impersonalidad de la teología cristiana algo local y personal.

Al edicto imperial siguió la acción imperial. Tropas que era imposible reunir cuando se trataba de defender una provincia estuvieron inmediatamente listas para respaldar una tesis teológica. Alrededor de Rávena se libró una batalla feroz y sangrienta. Los bizantinos se retiraron hacia el norte, y la carnicería se repitió, tan terrible y cruenta que, seis años después, los habitantes del valle del Po todavía se abstenían de comer peces del río por temor a incurrir en un involuntario canibalismo.

Al fin desapareció la violencia de la guerra abierta, pero persistió una sumisión nominal al emperador. Ni siquiera Gregorio tuvo intención de usurpar el poder temporal, pero señaló un camino que otros no podían dejar de seguir. La escisión real de Oriente se produjo sólo nueve meses después de su muerte, en el 731, cuando un sínodo reunido en Roma excomulgó a todos aquellos que atacaran las imágenes de los santos. Fue un pronunciamiento bastante discreto, que no mencionaba el nombre del emperador. Además, había sus dudas sobre quién excomulgaba a quién, pero las implicaciones estaban claras. Italia rechazaba al emperador y a sus teólogos, y era inevitable que el obispo de Roma llenara el vacío de poder que esto producía.

## La Donación de Constantino

Una generación después, el Papado se había divorciado del Imperio, y cierto funcionario papal, llamado Cristóforo, completó la tarea de falsificación que hizo posible la transferencia abierta de la corona temporal a las sienes del papa.

Cristóforo basó su obra en la legendaria vida de san Silvestre, el intachable aunque mediocre obispo de Roma que gobernó su pequeño rebaño en tiempos de Constantino. Según la leyenda, Constantino se dedicaba a perseguir enérgicamente a los cristianos cuando contrajo la lepra y, a pesar de los esfuerzos de los doctores y hechiceros, desesperaba de curar. Entonces se le aparecieron san Pedro y san Pablo, y le dijeron que sólo Silvestre podría sanarle. Llevaron al anciano al Palacio Laterano, donde residía Constantino, y allí le dijo al emperador que únicamente el bautismo le limpiaría de la enfermedad.

Constantino aceptó bautizarse, y la lepra desapareció inmediatamente. Agradecido, ordenó que Cristo fuese adorado en todo el Imperio e instituyó unos diezmos para la construcción de iglesias. Cedió el Palacio Laterano a Silvestre y sus sucesores a perpetuidad; Constantino en persona cavó y acarreó los primeros doce cestos de tierra de la colina Vaticana, iniciando así las obras de la basílica de San Pedro.

La leyenda, aunque fantástica en la descripción de los motivos, no se aparta demasiado de los hechos conocidos: la donación del Palacio Laterano, la construcción de basílicas, el *status* religioso preeminente concedido al cristianismo. Cristóforo infló esos elementos conocidos, injertando hábilmente en ellos teorías revolucionarias hasta conseguir un árbol frondoso y de raíces profundas. Cometió algunos desatinos que provocaron las sospechas de los eru-

ditos de los siglos posteriores: según él, Constantino se autotitulaba conquistador de los hunos cincuenta años antes de que éstos aparecieran en Europa; el obispo de Roma era calificado de «papa» casi doscientos años antes de que ese título le fuera reservado; y los funcionarios occidentales se convertían en «sátrapas del imperio». Pero Cristóforo consiguió tejer sus hilos de forma bastante consistente antes de continuar las falsificaciones.

La primera fue una supresión. La leyenda establecía inequívocamente que el emperador retuvo en sus manos todo el aparato del gobierno civil. La frase en cuestión desapareció, con lo que el documento parecía implicar que, a partir de entonces, jueces y obispos estuvieron sometidos a la autoridad del obispo de Roma. A continuación, Cristóforo comenzó a fabricar detalles audazmente. Constantino había entregado una diadema o corona al «papa» y sus sucesores, junto con «el manto púrpura también y la túnica escarlata y todos los atributos imperiales. Nos le otorgamos asimismo el cetro imperial, con todos los estandartes y banderas y ornamentos similares».

Cristóforo era un clérigo ansioso de mantener los pequeños privilegios y honores de su oficio, así que hizo que Constantino concediera a la curia unas dignidades parecidas a las que había disfrutado el Senado: «...cabalgar en caballos blancos adornados con gualdrapas del blanco más puro, calzando zapatos blancos como los senadores».

Pero todo esto no eran más que los preparativos para la cuestión importante: demostrar que el papa no sólo era independiente del emperador, sino, en realidad, su superior. Cristóforo daba a entender que hasta habían ofrecido la corona imperial a Silvestre, pero él había declinado por considerarla impropia del que ejerce un oficio espiritual, y en su lugar había aceptado un simple gorro frigio blanco, humilde antecedente de la gran tiara triple. A pesar de ello, el hecho de que le hubiera ofrecido la corona imperial implicaba que Constantino la poseía únicamente gracias a la condescendencia papal.

Cristóforo deja este punto muy claro a base de retorcer hábilmente las verdaderas razones de la decisión de Constantino de establecer su capital en Oriente. «Por lo cual, y para que la corona pontifical pueda mantenerse en dignidad, Nos entregamos y renunciamos a nuestros palacios, a la Ciudad de Roma, y a todas las provincias, plazas y ciudades de Italia y de las regiones del Occidente al muy bendito pontífice y Papa Universal, Silvestre.» Y Constantino habría partido acto seguido hacia la Nueva Roma, porque no estaba

bien que un emperador terreno compartiera la sede del sucesor de Pedro.<sup>6</sup>

Los documentos falsificados no son raros en estos primeros siglos. En realidad, es posible que Cristóforo no tuviera intención de engañar, que compilara la *Donación de Constantino* como un anhelante ejercicio de lo que podría haber sido. Su obra probablemente hubiera sido relegada al olvido en algún polvoriento rincón de los archivos de no ser por un episodio acaecido poco después y que la convertiría en una poderosa arma política. Vivió lo suficiente para lamentarlo.

El declive del poder bizantino en Italia había ido acompañado por el auge de los lombardos, los últimos y más poderosos invasores bárbaros. Establecieron por toda Italia ducados y «reinos» que constituían la base de una sociedad nueva. Al producirse el reflujo bizantino, inundaron las ciudades que habían quedado temporalmente vacantes. Poco después amenazaron a la propia Roma, pues, aunque, como buenos cristianos, respetaban al papa como cabeza espiritual, no tenían intención de reconocerle como superior temporal. Aislado, amenazado a distancia por los bizantinos, asediado activamente por los lombardos, Esteban, el papa reinante, buscó un campeón. Y lo encontró al otro lado de los Alpes, cuando Pipino, rey de los francos, le ofreció su ayuda.

En el invierno del 755, Esteban emprendió el largo y peligroso viaje a la corte franca. Que él, un hombre de edad, no sólo realizara personalmente el viaje, sino que, además, atravesara los Alpes en pleno invierno, da una medida de su desesperación. Fue recibido con caluroso respeto, y no simplemente como un suplicante, no simplemente como un papa, sino como el defraudado heredero de Constantino, pues los propagandistas papales habían hecho muy bien su trabajo. La *Donación de Constantino* echó su primera raíz, transplantada con éxito del mundo de la ficción al de los hechos.

En las negociaciones que siguieron, Esteban no se contentó con pedir protección; pidió también tierras. Los territorios de que se habían apoderado los lombardos no debían ser devueltos ni a los bizantinos, que podían reclamarlos legalmente, ni a la República de Roma, que los había creado. Tenían que ser «restituidos» a san Pedro en persona, pues cuatro siglos antes, Constantino se los había regalado al Apóstol, representado por Silvestre. Era una petición asombrosa, pero Pipino la aceptó sin discutir, quizá movido por razones políticas y también por una genuina piedad, por un ar-

6. Citado en Hodgkin, VII, 135-37.

diente deseo de defender con espadas francas al príncipe de los apóstoles y aplastar el sacrilegio.

Pipino hizo honor a sus promesas. Subyugó a los lombardos en dos vigorosas campañas y les arrancó un tratado que entregaba, *de facto* y *de iure*, al papa los territorios enumerados en la *Donación*. Los incautos francos no fueron los únicos en aceptar la *Donación* con todas sus consecuencias: los astutos bizantinos, a pesar de su maestría en todos los aspectos de la intriga legal; a pesar de lo mucho que tenían que perder, se convirtieron también en víctimas con relativa facilidad. El representante del emperador, lejos de protestar enérgicamente contra el golpe de mano de los francos, se limitó a pedirle a Pipino que concediera al poder bizantino los territorios que durante tanto tiempo había administrado. Pipino se negó. Él había sometido a los lombardos en nombre de san Pedro, y, ya que san Pedro no estaba presente para recibir en persona el regalo, se lo entregaría al obispo de Roma. Le llevaron a Esteban las grandes llaves de hierro de unas veinte ciudades, entre las que figuraban Rávena, Ancona, Bolonia, Ferrara, Iesi y Gubbio, con lo que el papa entró en posesión de una gran faja de terreno en la costa del Adriático, precedente de los Estados Pontificios. La carta que registra la donación fue colocada en un nicho del túnel que conduce a la tumba de Pedro, en el punto más próximo posible a los restos físicos del apóstol.

En la década siguiente a la generosa acción de Pipino, Roma se dio cuenta de todas las implicaciones del nuevo esplendor del Papado. La creación de los Estados Pontificios, el llamado «patrimonio de san Pedro», convirtió al papa en un señor feudal y dio a su cargo un valor financiero considerable. La silla de Pedro fue, a partir de entonces, una presa codiciada por las grandes familias de Roma y sus contornos, creando con ello para el Papado un peligro más insidioso que las amenazas de bizantinos y lombardos. Fue posible cierta resistencia a sentarse en la Silla mientras lo único que ésta ofrecía era una corona espiritual y la probabilidad de coacción física por parte de un emperador demasiado corpóreo. Pero, ahora que el obispo de Roma poseía, no sólo las llaves del cielo, sino las de un buen puñado de ciudades, cada una de ellas con sus correspondientes ingresos, la atracción del cargo se incrementó ostensiblemente.

El primer disturbio papal provocado por las donaciones tuvo lugar en el 767, cuando, a la muerte del papa reinante, uno de los numerosos hidalgüelos locales vio su oportunidad y acudió precipitadamente a Roma para proponer a su hermano como sucesor. El he-

cho de que ese hermano estuviera descalificado porque era seglar no constituyó un gran obstáculo: se le ordenó rápidamente clérigo, subdiácono, diácono y sacerdote, y luego fue consagrado obispo y papa, todo en el mismo día. Las facciones rivales se sublevaron inmediatamente, y aparecieron dos papas más. Al primer impugnador le sacaron los ojos y lo dejaron morir. El segundo fue asesinado sin contemplaciones, y sólo cuando el tercero apeló a los odiados lombardos en busca de protección, se restauró un cierto orden. Cristóforo, el falsificador, pereció en una de las refriegas, ominoso presagio de lo que ocurriría en el siglo x.

Pero el acto de Pipino había ido más allá de la concesión de riqueza temporal a un poder espiritual: había establecido el precedente de que el monarca germano era el protector natural del Papado. Cincuenta años después, Carlomagno, el hijo de Pipino, acudió rápidamente a Roma, a petición del papa León III, para sofocar una rebelión; a cambio, León le coronó emperador de Occidente el día de Navidad del año 800. Legalmente hablando, fue un acto muy discutible, pues no podía existir más que un emperador sobre la Tierra, y ése reinaba ya en Constantinopla. Pero, a pesar de las protestas de los legalistas, la creación de un emperador en Europa fue el desarrollo orgánico del foso abierto entre Oriente y Occidente.

En Carlomagno se combinaban las cualidades contradictorias de su tiempo, y sus actos fueron una fiel expresión de la época. Analfabeto, fundó una corte de estudiosos. Inexperto, erigió un sistema legal que unió los heterogéneos pueblos de su imperio. Profundamente —en realidad, ingenuamente— religioso, limitó las actividades de los eclesiásticos. Las relaciones con su protegido el papa fueron delicadas. Reconoció formalmente la donación hecha por su padre y, a su vez, redactó una carta basada en la *Donación de Constantino*, por la que, en teoría, el Papado reivindicaba «todas las regiones de Italia y de Occidente». Pero en la práctica no hubo nunca ninguna duda acerca de la identidad del monarca temporal de Europa.

A pesar de ello, Carlomagno reconoció escrupulosamente los derechos temporales del papa en los territorios específicamente cedidos a San Pedro, primera aplicación de aquella maravillosa teoría que trataba a emperador y papa como vicarios gemelos de Cristo, uno enarbolando la espada temporal, el otro la espiritual, y ambos en el seno de un Imperio Sagrado. Incluso solicitó un permiso oficial para llevarse de Rávena ciertos mosaicos con los que embellecer su capital, Aquisgrán. El hecho de que Carlomagno no su-

cumbiera al hechizo de Roma contribuyó a la buena marcha de la administración cotidiana. Roma le concedió el supremo título, y él, lógicamente, intentó influir sobre ella, pero a distancia. Aquisgrán fue la auténtica sede de su imperio.

Pero únicamente una persona de la talla política de Carlomagno podía mantener el nuevo concepto de imperio, y hasta él sufrió considerables limitaciones. Como soldado, era excelente, pero como estadista tenía una visión limitada aún por las concepciones tribales de sus antepasados germánicos. Veía su imperio como una posesión esencialmente personal que transmitir a los miembros de su familia. Su hijo Luis lo heredó todo a su muerte, pero treinta años después, en el 843, sus nietos dividían el imperio en tres grandes bloques.

A partir de entonces, el Imperio Carolingio no existió más que de nombre. Sus fragmentos tan pronto se dividían o redividían, como se unían arbitrariamente (como en el caso de Italia y Lorena), o se separaban de forma igualmente arbitraria, hasta el punto de que la Lombardía podía separarse del resto de Italia, o la Provenza de Francia. Surgieron minúsculos reyes, marqueses y duques: reyes de Lombardía, reyes de Italia, reyes de Provenza, reyes efímeros cuyo único título era ser descendientes, legítimos o ilegítimos, del gran monarca. Cada cual tenía una justificación tan válida como la de los otros para aspirar a la suprema corona del Imperio y, al perseguir este objetivo, hundieron a Italia en el caos, pues Carlomagno había establecido otro precedente: sólo el sumo sacerdote de la Cristiandad podía imponer el sagrado símbolo. Y el Papado utilizó este hecho como una de sus armas más valiosas.

Las luchas entre las facciones por la Silla de Pedro llevaron a Roma al borde de la desintegración social en los últimos años del siglo ix. En marzo del 896, el fantasmagórico *Sínodo horrendo*, que sometió a juicio a un cadáver, marca el momento en que la ciudad se sume finalmente en la anarquía y, como consecuencia ineludible, entrega la Silla de Pedro a aquél lo bastante temerario para ascender hasta ella. En aquel mes, la facción triunfante, cuyo caudillo reinó brevemente con el nombre de Esteban VI, puso en marcha un proceso solemne contra el papa anterior, Formoso, que había sido jefe de la facción rival. El acto del juicio no fue un simple formalismo. Sacaron el cadáver de la tumba, donde llevaba ya ocho meses, lo vistieron de nuevo con sus ropas sacerdotales y lo llevaron a la cámara del concilio. Una vez allí, lo colocaron en el

trono que había ocupado en vida, y el «juicio» prosiguió su blasfemo curso en una parodia de legalidad.

Se le proporcionó al cadáver un abogado, que mantuvo un prudente silencio mientras el papa Esteban gritaba y cubría de insultos al muerto. El pretexto del juicio fue que Formoso, contrariamente al derecho canónico, había aceptado el obispado de Roma cuando todavía era obispo de otra diócesis. Pero, en el concilio, pocos, si es que hubo alguno, se dejaron impresionar por la acusación. El crimen real de Formoso había sido pertenecer a la facción rival y haber coronado «emperador» a uno de los numerosos descendientes ilegítimos de Carlomagno tras haber hecho lo mismo con uno de los candidatos apoyados por el partido del papa Esteban.

Pero este crimen también era ilusorio, pues entonces nadie se preocupaba de que un emperador títere ciñera una corona sin sentido. En realidad, la exhumación del cadáver de Formoso fue un acto de magia, un medio para que su facción fuese degradada y quedara desprovista de poder. Varios de los presentes en la cámara del consejo debieron compartir los horrorizados pensamientos del testigo que registró la escena. Si el cadáver hubiera replicado, como Esteban le pidió burlonamente que hiciera, «¿No hubiera huido, gritando de terror, toda aquella asustada muchedumbre? ¿Quién hubiera juzgado entonces a Formoso?».<sup>7</sup>

Pero no se produjo ninguna intervención divina y el sínodo condenó obedientemente al muerto y todos sus actos. Sin embargo, Esteban no dio por terminada su venganza. Desnudaron el cadáver y le arrancaron los tres dedos de la mano derecha que se utilizan para dar la bendición. Después lo arrastraron por el palacio y lo entregaron a una vociferante multitud que aguardaba en la calle, la cual, a su vez, lo arrastró hasta el Tíber y lo arrojó a sus aguas. Posteriormente, un grupo de pescadores recogió el cuerpo y, compadecidos, lo enterraron decentemente.

Dio la casualidad de que, inmediatamente después del *Sínodo horrendo*, un terremoto derrumbó la antigua basílica laterana: un presagio demasiado oportuno. Más tarde empezaron a circular historias según las cuales las imágenes de san Pedro saludaron al muerto Formoso, cuando al fin lo devolvieron al lugar de su primitivo enterramiento. Pero no eran necesarios signos sobrenaturales para persuadir a los romanos de que el partido del papa Esteban había sobrepasado los límites, bastante amplios, de su tole-

7. Eugenius, 828.

rancia. Esteban fue capturado y estrangulado a comienzos del otoño del mismo año. Su partido, a pesar de la pérdida de su jefe, se mantuvo activo y eligió papa a un tal cardenal Sergio. La facción opuesta eligió simultáneamente a su candidato.

Sergio y la mayoría de sus seguidores fueron expulsados de la ciudad en un repentino estallido de violencia. Pero la batalla por la Silla de Pedro no acabó ahí. Durante los doce meses que siguieron, cuatro papas más consiguieron trepar hasta el trono manchado de sangre, y mantenerse precariamente en él durante algunas semanas —o días— antes de que los arrojaran a la tumba.

En poco más de seis años habían aparecido siete papas y un antipapa. Al fin, con el cambio de siglo, remitió algo el ritmo de violencia. El cardenal Sergio reapareció tras siete años de exilio, respaldado esta vez por las espadas de un señor feudal que veía en todo aquello un medio que le facilitara la entrada en la ciudad. El papa reinante dio con sus huesos en la tumba, las mantanzas en la ciudad llegaron al paroxismo, y el cardenal Sergio emergió como papa Sergio, único superviviente de los aspirantes, y ahora supremo pontífice.

Las crónicas contemporáneas de este período son escasas, inseguras y, a veces, inexistentes. La crónica de un monje semianalfabeto del cercano monasterio del Monte Soracte suministra anotaciones breves e irregulares recogidas en el oficial *Libro de los Papas*. Un puñado de epitafios, algunos comentarios hostiles de enemigos lejanos..., he aquí lo que dan de sí los archivos romanos. La gran ciudad que en otro tiempo había hablado en nombre de millones de seres, era, en este siglo x, un lugar triste, y estaba hundida en una oscuridad casi completa, ella, que había llevado la luz al mundo occidental. El observador avanza a tientas, alumbrado por una mortecina vela que tan pronto aviva su llama como languidece hasta casi apagarse.

La figura de Sergio se perfila claramente en esta penumbra. Maligno, lascivo, feroz: éstos son los epítetos que se le aplican con más frecuencia. Contemplándole a la insegura luz de seis siglos de distancia, el cardenal Baronio, el primero de los grandes historiadores papales, se ve obligado a concluir que se había soltado a tal monstruo contra la Iglesia para demostrar la fuerza sobrenatural de sus cimientos; ninguna otra estructura habría resistido semejante asalto desde dentro. Desde luego, Sergio había tomado parte activa en el *Sínodo horrendo*, y uno de sus primeros actos como papa fue proporcionarle a Esteban un hermoso epitafio y trastocar el juicio posterior que había devuelto a sus justos términos el carác-

ter de Formoso. Con ello, Sergio se convierte en el centro de una agria polémica en la que su personalidad es elogiada y condenada alternativamente. Pero, al margen de estas declaraciones confusas y contradictorias, sólo una cosa permanece clara para la posteridad: Durante sus siete años de pontificado se inició la operación que convirtió al Papado en el patrimonio familiar de los hijos de la senadora Marozia, uno de los cuales era el propio Sergio.